



La alegría de anunciar el Evangelio

Día del Seminario 2014



Catequesis para adultos



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

Depósito legal: M-2932-2014

Catequesis para adultos

I. Introducción

El papa Francisco nos ha sorprendido recientemente con la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual. Precisamente, el papa se hace eco de este momento de la historia de la Iglesia en el que se quiere acentuar la evangelización, es decir, el anuncio del Evangelio y la consiguiente respuesta, que es la fe en Jesucristo.

Además el papa vincula a la constante misión evangelizadora de la Iglesia la actitud que debe caracterizar dicho anuncio: la alegría. Nos es extraño, pues, que se haya escogido como lema de la Campaña del Seminario para este año 2014 el lema: «La alegría de anunciar el Evangelio». El sacerdote ha de caracterizarse por la alegría en el anuncio del Evangelio, aun en medio de dificultades y sufrimientos de todo tipo.

Sin embargo, contamos con la ayuda del Señor que está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo. Apoyados en su promesa, los seminaristas se forman en nuestros seminarios para ser los evangelizadores del mañana que experimentarán la alegría de anunciar el Evangelio en su ministerio y anunciarán el Evangelio del Señor con alegría.

II. Texto evangélico (Jn 15, 11-16a)

«Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud. Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca» (Jn 15, 11-16a).

III. Trabajo en grupo

Este hermoso texto pertenece al capítulo 15 del evangelio de Juan. Se sitúa entre la última Cena y los acontecimientos de la Pasión. Es el momento de la oración de Jesús al Padre y de las últimas recomendaciones a sus discípulos. Cuando se ubica este texto en el contexto de la vida de Jesús, sorprende aún más su contenido.

Recuerda a sus discípulos que ha sido él quien los ha elegido («soy yo quien os he elegido a vosotros») y que el discipulado es una cuestión no solo de seguimiento, sino de amistad con él («a vosotros os llamo amigos»). Recuerda también que la misión que les encomienda consiste sobre todo en amar («que os améis unos a otros como yo os he amado») y que ese amor hay que vivirlo hasta la radicalidad de la entrega («nadie tiene amor más grande que el que da la vida»).

Incluso en este contexto previo a la angustia de su pasión y muerte, Jesús aparece ante sus discípulos sereno; más aún, alegre. Por medio de sus palabras y sus gestos quiere infundir “su alegría” en el corazón de sus amados discípulos.

Jesús, que no solo ha elegido a sus discípulos, sino que como indica el texto— también los ha destinado, sabe que la misión que les encomienda solo puede dar fruto si se vive con alegría. Un discípulo no puede evangelizar si asume su ministerio como una carga o desde la tristeza.

En medio de ese difícil momento, el corazón de Jesús está alegre y quiere infundir su misma alegría en el corazón de sus seguidores. Solo así puede dar fruto la misión que les encomienda.

1. «Mi alegría esté en vosotros»

Los evangelios describen el ministerio público de Jesús como una misión mesiánica a favor de todo el pueblo de Israel, pero especialmente para los más pobres y marginados. Comparte su vida con todos, «ríe con los que ríen, y llora con los que lloran»; pero siente una predilección por los enfermos, los endemoniados y todos los que padecen cualquier tipo de mal... y los libera. La tristeza provocada por el dolor y el mal se convierte en ellos en bien y alegría. Así lo comprobamos en las numerosas curaciones de tullidos, leprosos, sordos...; hasta en el pasaje de las bodas de Caná, donde, presintiendo la tristeza de los novios por la falta de vino, a instancias de su madre María multiplica el vino para continuar la alegría propia de la boda. Jesús transforma las situaciones de aflicción y desconsuelo en situaciones de paz y de alegría.

Su persona es fuente de alegría para todos los necesitados; también para sus discípulos. Así se lo había predicho Jesús: «vuestra tristeza se convertirá en alegría» (*Jn* 16, 20). Ellos, que experimentaron la alegría producida por sus palabras y milagros en multitud de personas, experimentaron también en primera persona la alegría de Cristo, particularmente tras su Resurrección. Entristecidos por la Pasión y muerte de su Maestro, vieron fracasadas las expectativas que habían depositado en él y, paralizados por el miedo a los

judíos, se consolaban mutuamente en el cenáculo. La presencia del Resucitado en medio de ellos infundió alegría en sus corazones: «Se llenaron de alegría al ver al Señor». La experiencia de Cristo resucitado es el inicio de su misión apostólica. El miedo y la tristeza que los paralizaba se ha convertido en una fuente de alegría que ya no pueden ocultar, y que alienta el primer anuncio del Evangelio en la plaza más pública de Jerusalén.

Tras este primer apartado, os proponemos una pregunta y un texto para la reflexión conjunta.

Pregunta: *¿Qué alegría comunica Cristo a los Apóstoles?*

Texto:

«La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. (...) Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque “nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor”. Al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos. Este es el momento para decirle a Jesucristo: “Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Te necesito. Rescátame de nuevo, Señor, acéptame una vez más entre tus brazos redentores”. ¡Nos hace tanto bien volver a él cuando nos hemos perdido! Insisto una vez más: Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia. Aquel que nos invitó a perdonar “setenta veces siete” (Mt 18, 22) nos da ejemplo: él perdona setenta veces siete. Nos vuelve a cargar sobre

sus hombros una y otra vez más. Nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría. No huyamos de la Resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia adelante!»¹.

2. «Vuestra alegría llegue a plenitud»

Cristo comunica su alegría a los apóstoles. “Mi” alegría se convierte en “vuestra” alegría. Los discípulos, por tanto, comparten la misma alegría del Maestro. Jesús tiene un interés especial en que sus discípulos, los Apóstoles, que van a continuar su misma misión, lo hagan con su misma alegría. Es la alegría del que vive en comunión con el Padre, del que vive el amor de Dios. Además, el deseo de Jesús es que esa alegría comunicada a los discípulos llegue a plenitud, sea plena, no solo en el interior de los doce Apóstoles a los que se dirige directamente, sino en todos sus discípulos, es decir, en todos los que crean en su Nombre.

Los Apóstoles prolongan en el tiempo la misma misión de Jesús, anuncian sus mismas palabras y realizan sus mismos gestos. Precisamente por eso prolongan la misma alegría de Jesús en el corazón de los que acogen su palabra y sus signos salvadores. El libro de los Hechos de los Apóstoles recoge numerosos testimonios de cómo el anuncio del Evangelio por parte de los Apóstoles siembra de alegría el corazón de personas y comunidades que se abren a la gracia de Jesucristo. Como nos recuerda *Evangelii gaudium*: «Por donde pasaban los discípulos había *una gran alegría*»².

¹ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, nn. 1 y 3.

² *Ibid.*, n. 5.

También podemos concluir este apartado con una pregunta y reflexión.

Pregunta: *¿Qué alegría comunican los Apóstoles a los demás?*

Textos:

«Nuestra alegría cristiana bebe de la fuente de su corazón rebosante. Él promete a los discípulos: “Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría” (Jn 16, 20). E insiste: “Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón, y nadie os podrá quitar vuestra alegría» (Jn 16, 22). Después ellos, al verlo resucitado, “se alegraron” (Jn 20, 20). El libro de los Hechos de los Apóstoles cuenta que en la primera comunidad “tomaban el alimento con alegría” (2, 46). Por donde los discípulos pasaban, había “una gran alegría” (8, 8) y ellos, en medio de la persecución, “se llenaban de gozo” (13, 52). Un eunuco, apenas bautizado, (...) “se alegró con toda su familia por haber creído en Dios” (16, 34). ¿Por qué no entrar también nosotros en ese río de alegría?»³.

«La propuesta es vivir en un nivel superior, pero no con menor intensidad: “La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutaban de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás”. Cuando la Iglesia convoca a la tarea evangelizadora, no hace más que indicar a los cristianos el verdadero dinamismo de la realización personal: “Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión”. Por consiguiente, un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral. Recobremos y acrecentemos el fervor, “la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas (...) Y ojalá el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados,

³ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 5.

impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo»⁴.

3. «La alegría de anunciar el Evangelio»

La misión confiada por Cristo a los Apóstoles es prolongada hoy en la Iglesia por los sacerdotes. Es el obispo el que recibe, en primer lugar, la misión apostólica en un determinado lugar, en una Iglesia particular; y, colaborando con él, los presbíteros y los diáconos. Los presbíteros como colaboradores íntimos y necesarios en la misma misión apostólica; los diáconos como ayuda en tareas particulares de su ministerio episcopal.

Los presbíteros, por tanto, son elegidos por Dios para continuar la misión de Cristo, en continuidad con la tarea apostólica. Como pastores, les corresponde guiar al Pueblo de Dios en la unidad y comunión; como sacerdotes, han de santificar a todos los creyentes con la oración y la celebración litúrgica; como profetas y maestros, han de anunciar el Evangelio a todos los hombres y mujeres de la historia.

Bien podemos aplicar a los presbíteros las mismas recomendaciones de Jesús a los Apóstoles. La misión encomendada han de vivirla en amor radical y en alegría plena.

El lema del *Día del Seminario* de este año nos invita a concentrar nuestra atención en un aspecto de la misión de Cristo y de todo sacerdote: «La alegría de anunciar el Evangelio».

Como ya hemos indicado estamos en un contexto eclesial que quiere subrayar la constante evangelización, denominada también “nueva”, porque la Iglesia tiene que evangelizar siempre a todas las

⁴ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 10.

generaciones. El papa Francisco resalta que la evangelización de todos los tiempos, también la actual, tiene que ver con la alegría evangélica. Y la alegría evangélica podríamos comprenderla desarrollando dos matices complementarios:

- *La alegría de anunciar.* Al presbítero se le encomienda la preciosa misión de anunciar el Evangelio, que es bien y salvación para toda la humanidad. Evangelizar significa anunciar la salvación acontecida en Cristo, que es causa de alegría para los que la acogen. Como decía Pablo: «¡Ay de mí si no evangelizara!» (1 Cor 9, 16), porque evangelizar no es una carga para el apóstol, es una gozosa misión que da sentido a su vida y ministerio.
- *Anunciar la alegría.* La alegría evangélica define también el contenido del Evangelio y de la misión evangelizadora que es la persona de Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios, Salvador del mundo. Cristo es quien encarna el gozo perfecto. Él es la alegría plena y quien puede transformar toda situación de desgracia y tristeza en situación de gracia y alegría. El que está en comunión con Cristo vive la alegría de Cristo.

Desde estas claves, el sacerdote debe vivir su tarea evangelizadora con alegría y transmitir en su anuncio la alegría de Jesucristo. Es importante descubrir el gozo del ministerio sacerdotal para que los seminaristas de hoy descubran la gran misión a la que son llamados. Al igual que Cristo y que los Apóstoles, el sacerdote de todos los tiempos vive la alegría de su ministerio y anuncia con alegría la Buena Noticia de Jesucristo.

Para continuar esta misión, el Señor necesita jóvenes generosos que escuchen la llamada que él continua haciendo y respondan con el sí de su amor en el ministerio sacerdotal.

También en este apartado podemos finalizar con una pregunta y con la reflexión de un texto.

Pregunta: ¿Qué alegría te comunica *a ti el sacerdote*?

Texto:

«La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por él que nos mueve a amarlo siempre más. Pero ¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer? Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a él que vuelva a cautivarnos. Nos hace falta clamar cada día, pedir su gracia para que nos abra el corazón frío y sacuda nuestra vida tibia y superficial. Puestos ante él con el corazón abierto, dejando que él nos contemple, reconocemos esa mirada de amor que descubrió Natanael el día que Jesús se hizo presente y le dijo: “Cuando estabas debajo de la higuera, te vi” (Jn 1, 48). ¡Qué dulce es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva! Entonces, lo que ocurre es que, en definitiva, “lo que hemos visto y oído es lo que anunciamos” (1 Jn 1, 3). La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez. Para eso urge recobrar un espíritu contemplativo, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás»⁵.

⁵ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 264.

IV. Dinámica

Os proponemos la siguiente dinámica para trabajar activamente en el grupo y fomentar la participación de todos los que asisten a la catequesis. El objetivo es empatizar con la figura del sacerdote en nuestros días.

El grupo se divide en parejas. En cada pareja, uno hará las veces de sacerdote y otro de fiel. Se puede hacer las parejas por separado, o bien una pareja ante todos los demás. El fiel planteará una situación real o imaginaria al que hace de sacerdote. La situación puede ser alegre, triste, complicada...; como parezca más oportuno. El que hace de sacerdote debería responder desde un sano testimonio sacerdotal, iluminando la situación, si es preciso, desde la Palabra de Dios.

Os facilitamos algunas situaciones posibles:

1. «Tengo 50 años y voy a ser abuelo, estoy muy contento y muy ilusionado, también un poco preocupado...; pero a la vez se me hace raro, tan joven...».
2. «Tengo 18 años, me gusta muchísimo una chica pero ella no me hace ni caso...».
3. «Mi vecina y yo llevamos viviendo puerta con puerta 20 años, y por una tontería llevamos dos años sin hablarnos...».
4. «Tengo 90 años, estoy viudo, mis hijos tienen su vida y yo pienso que ya no pinto nada en este mundo, que solo soy un estorbo, cada día le pido al Señor que me lleve...».

Una vez realizada la actividad, se crearán nuevas parejas o se mantendrán las mismas según el criterio que se elija, pero de forma

que cada uno ocupe el rol contrario al que ocupó anteriormente, es decir, se cambian los papeles y se realiza la misma dinámica exponiendo la misma situación u otra distinta.

A continuación se pondrán en común las experiencias tratadas, viendo las dificultades y/o alegrías que estas situaciones han producido. Es importante intentar comprender el punto de vista del contrario.

Pretendemos deducir en conclusión: que ayudando a los demás somos portadores y a la vez receptores de alegría. El sacerdote que realiza esta labor constantemente, durante toda su vida, debe ser una persona alegre, feliz. Pero no podemos entender que una persona se dedique al sacerdocio por un afán propiamente humano, el punto de vista debe estar siempre ligado a la alegría de ser portador del Evangelio, del mismo Cristo, sobre todo en los sacramentos, y muy especialmente en la eucaristía y en la reconciliación: «Cristo nos otorga este amor infinito e inquebrantable que nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría»⁶.

Si podemos contar con un sacerdote, podemos exponerle algunas situaciones y observar qué nos aporta y qué hemos pasado por alto en la actividad.

Una vez realizada la dinámica podemos concluir con las siguientes reflexiones, que se pueden responder compartiéndolas en el grupo:

1. La sociedad española demuestra ser solidaria con las necesidades de otros: voluntariado, ONG... Quienes colaboran en estas actividades, en gran número de ocasiones jóvenes y creyentes, dicen sentirse plenos, útiles, alegres y felices. Si

⁶ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, n. 3.

el sacerdote vive igualmente pleno, alegre y feliz, ¿por qué estas personas no se plantean la vocación religiosa?

2. ¿Crees que las circunstancias que vive la sociedad de hoy (menos hijos en las familias, secularización, etc.) dificultan una respuesta generosa cuando se plantea la vocación a los hijos?
3. ¿O somos nosotros mismos, los adultos, los que evitamos hablar de la posibilidad de ser sacerdotes a los más jóvenes porque la gente no lo entiende, nos da vergüenza o por respetos humanos?
4. Ante nuestra vocación, ¿nos atreveríamos a decir “sí” como lo hizo María?
5. ¿Realmente hemos preguntado a Dios cuál es nuestra vocación?
6. ¿Por qué es importante el testimonio que da el sacerdote con tu propia vida?

V. Compromiso

El catequista debe partir de la catequesis para invitar a todos los presentes a hacer un compromiso como fruto inmediato de la campaña del Día del Seminario. El compromiso consiste en tres verbos activos: orar, ayudar e invitar.

1. Orar por las vocaciones sacerdotales, por los seminaristas que un día serán sacerdotes, para que el Señor suscite vocaciones al ministerio sacerdotal.
2. Ayudar, en cuanto sea posible, al seminario. Los medios económicos contribuyen a colaborar en la buena formación de los futuros pastores del pueblo de Dios.

3. Invitar a algún joven a plantearse la vocación sacerdotal. Todos los cristianos somos responsables y colaboradores con la llamada que el Señor hace a algunos jóvenes para seguirle en el ministerio sacerdotal.

VI. Oración

Espíritu Santo, que ungiste a Jesús
y lo llenaste de tus dones,
para que anunciara el Evangelio
y fuera nuestro Salvador.

Te pedimos, en unión con María,
que llenes de gracia a los seminaristas,
los ilumines con tu luz y alegría,
y les des tu fortaleza.

Para que sean fieles a la llamada,
y ofrezcan su vida,
como testigos de tu amor,
y llenos de alegría anuncien el Evangelio.
Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

